

**IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbaró, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 219

50 cts.



**POR  
UNA MUJER**

Por  
LILLIAN RICH,  
ROBERT FRAZER,  
ETC.

**NÚMERO EXTRAORDINARIO**

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 219

---

## POR UNA MUJER

Adaptación cinematográfica de la popular novela de  
MAIZIE GREIG

INTERPRETACIÓN DE

Lillian Rich ..... *Isabel Mason*  
Robert Frazer ..... *Lorenzo Byman*  
Kathleen Clifford ... *Fifi*  
Pauline Garon ..... *Margarita*  
Brooks Benedict .... *Jorge*  
etc.

Dirección de EDWARD J. LESANT

EXCLUSIVAS



PALAU Y ARQUER

Consejo de Ciento, 278 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
CLAIRE WINDSOR

*Silar Farrago*



## POR UNA MUJER

Argumento de la película

La Ciudad, escaparate de todas las vanidades, con sus modernas torres de Babel y sus palacios suntuosos, no logra encubrir la fealdad uniforme de esas casas de los suburbios, que tienen por fuera aspecto de cárcel y son por dentro un hacinamiento de celdas, que las hace semejantes a una colmena o a un presidio.

En esas casas, la juventud agita sus alas rabiamente, desesperadamente, con un ademán que imita el del pájaro que, acostumbrado a volar en libertad, cae de pronto en el horror de la jaula.

Isabel Mason vivía en una de esas casas. Su alma, en constante rebelión, se revolvía contra

la insufrible tiranía de un hombre a quien no le ligaban lazos de cariño ni de parentesco: su padrastra.

El mejor amigo de la joven era un lindo pájaro. Una viva simpatía se había establecido entre los dos, tal vez porque se consideraban tan desdichados uno y otro en su encierro, idéntico en el fondo aunque distinto en apariencia.

—Somos dos prisioneros, Pedrín... Pero tú te resignas y yo no—le dijo al mirlo, Isabel, aquella mañana, compadeciéndole para compadecerse.

El pájaro, en su torpe lenguaje, pareció responderle, alentándola a esperar con paciencia días mejores.

Isabel desesperaba de conocer mejor vida que la que viera hasta entonces deslizarse con la más insoportable monotonía, y prosiguió en sus lamentos.

—Y lo peor es que cuando me case con Jorge, seguiré siendo una criada... pero con anillo de boda.

La Providencia tiene sus caprichos, y cuando menos se espera una alegría en una casa, suele enviarla para gozarse en la sorpresa que causa.

Isabel estaba lejos de suponer lo que estaba tejiendo en aquellos momentos en que sus quejas no tenían fin, el Destino.

Así fué mayor su asombro al tener conocimiento, en medio de sus penas, de que sus sueños de emancipación podían, cuando menos en parte, realizarse.

Llamaron a la puerta de su pisito. Ella abrió, no esperando ninguna visita. Era el cartero. La carta iba dirigida a nombre de Isabel. ¿De quién sería? Rasgó el sobre con rapidez, y leyó el escrito, que decía:

*Señorita Isabel Mason  
Nueva York.*

*Muy señora nuestra:*

*Tenemos el honor de manifestar a usted que, habiéndonos encargado de la liquidación de los asuntos de su difunto tío don Tomás Judd, resulta corresponder a usted, como única heredera suya, la suma de 3.000 dólares. Le enviaremos un cheque por dicha cantidad tan pronto remita pruebas justificativas de su parentesco.*

*De usted muy atentamente,*

*Emerson y Whitlow*

Isabel, olvidándose, inconscientemente, del difunto, con el que no tuvo muchos tratos, por culpa de su padrastro, saltó alegremente por el comedor que estaba limpiando, y se consideraba ya una millonaria.

Y ahora que tenía en sus manos las llaves de la libertad, le parecía a la muchacha que las horas no se eternizaban, como antes, sino que corrían raudas, como minutos.

La hora de comer presentóse casi como por encanto.

Isabel hubo de apresurarse a tenerlo todo preparado para cuando llegase su padrastro, a fin de evitar que hubiese escenas desagradables con él, precisamente cuando ella estaba tan contenta.

El padrastro no se hizo esperar. Bastaba mirar al hombre para ver lo que llevaba dentro. Su rostro, reñido con las sonrisas, inspiraba recelo. No se sabía nunca cuando estaba satisfecho o cuando se disponía a dar un manotazo. Su aspecto era duro y brutal, habiéndose acrecentado desde la muerte de su esposa, a partir de cuya fecha el hogar perdió todo atractivo para él.

Las mujeres, sobre todo las faltas de cariño, buscan, aun en aquellos que saben no las quie-

ren, un poco de afecto, para tener la satisfacción de considerarse dignas de ser amadas.

Por eso Isabel, a pesar de las brutalidades de su padrastro, que eran en él como vicio inveterado, se mostró, como otras veces, zalamera, y se esforzaba en arrancarle una carcajada. Aquel día, más que los otros, se empeñaba en poner de buen humor al viejo, pues quería mostrarle la carta en la que se le anunciaba la herencia de 3.000 dólares.

Pero el padrastro, apartando a Isabel con brusquedad, le dijo que le dejase en paz y le diese la comida, que lo demás no le importaba ni un comino.

La muchacha le obedeció sin chistar, y mientras le preparaba la comida, para servírsela, llegó al hogar Pablo Mason, el hermano de Isabel.

Desde que los dos huérfanos perdieron a su madre, se unieron más el uno al otro, como si quisiesen oponer a la brutalidad del padrastro el muro de su amor fraternal.

Isabel abrazó a Pablo y le contagió su alegría, sin indicarle el motivo que le producía la misma.

A poco, en la mesa, a la que el padrastro los hizo sentar, malhumorado por las muestras

de cariño que los dos hermanos se daban en su presencia, Isabel, venciendo algunos temores, entregó a aquél la carta que había recibido.



*Isabel abrazó a Pablo y...*

—¿Qué es esto? ¿Quién te lo ha mandado?

—Lea usted... Le interesa enterarse...

El viejo leyó, y, sin dar importancia al legado, devolvió la carta a Isabel.

La muchacha, toda a su alegría, dió el papel a Pablo, y estimulada por la admiración de su hermano, soltó riendas a sus ideas.

—Ahora podré tener todo lo que me apetezca... Me convertiré en una mujer de negocios y manejaré millones.

—¡Bah! ¡Tonterías! Te casarás con Jorge



*—¡Desde que he llegado no te oigo más que decir sandeces!*

y le guisarás la comida, como hacen todas las mujeres de tu clase con sus maridos—le respondió el viejo, por el placer de esclavizarla.

Pero Isabel, sin pensarlo demasiado, sinceróse de esta manera:

—¡No me casaré con Jorge ¡¡ Quiero ser li-

bre, quiero ver mundo y disfrutar de la vida!

Por envidia y por enojo, y no dispuesto a que ella volase, el padrastro levantóse airadamente de su silla, asió por un brazo a Isabel, y la zarandé, gritándole:

—¡Desde que he llegado no te oigo más que decir sandeces! ¡Pero ahora verás qué pronto te vuelvo a la sensatez!

Ante la agresividad del padrastro, Pablo se dispuso a defender a su hermana, y tuvo que hacerlo, pues el bruto descargaba sus manazas en ella sin consideración.

La intervención de Pablo en la cuestión exasperó al viejo, que lo derribó al suelo, y ya en él, le dió tremendas patadas en los flancos.

—¡Por favor! ¡No le maltrate más!—suplicaba Isabel al energúmeno.

A duras penas pudo Pablo incorporarse y no se quedó corto en herir el rostro del padrastro con sus puños y sus uñas.

Pero de nuevo Pablo corría serio riesgo, y en vista de ello, Isabel, armándose de una jarra llena de agua, se la vació en pleno rostro al bruto, que cegó por unos momentos, calmándose un tanto, para secarse, y renunciando a seguir la disputa, por cuanto había lle-

gado a la casa el pretendiente de Isabel.

El padrastro, al ser empujado hacia la pared por Pablo, se hirió en la frente, y para verificar atentamente la herida, retiróse, co-



*La intervención de Pablo en la cuestión exasperó al viejo...*

ruido y confuso, a su habitación, haciendo lo propio Pablo para la suya, para que Jorge no les viese en el violento estado en que se hallaban, descubriendo, por el mismo, la disputa que acababan de tener.

Jorge Weeler no era, ni muchísimo menos, lo que se dice un "buen partido". Ganaba veinticinco dólares semanales, como ayudante de ingeniero, y estaba dispuesto a compartir esa suma con una mujer, sobre todo si se llamaba Isabel Mason.

—¿Quieres que salgamos a tomar un poco el aire, Isabel? Tengo abajo mi "cafetera" dispuesta para marchar—le propuso, al quedar a solas con ella.

Isabel no deseaba otra cosa que salir de su casa, y aceptó.

Cuando se detuvieron, en pleno bosque, en las afueras de la ciudad, Isabel, meditando sobre su situación, dijo a Jorge:

—Siento en el alma causarte un disgusto, amigo mío... pero he echado una mirada a mi corazón y he visto que no te amo lo bastante para ser tu esposa. Además, no entra en mis cálculos casarme por ahora.

—Pero... ¿por qué, Isabel?

—Mi tío me ha dejado una herencia de tres mil dólares y creo que obro bien al pensar que debo ocuparme de mi porvenir.

—¡Ah! ¿De modo que tres mil dólares...?

—Sí... Los cobraré cuando quiera...

—¡Comprendo! Hasta hoy estabas dispues-

ta a casarte conmigo, porque querías a toda costa salir para siempre de tu casa, ¿no es eso?

—Jorge, no te pongas así... Considera que...

—No digo más que la verdad. El dinero ha caído sobre ti como una especie de maná, y ya te tiene sin cuidado lo que yo pienso y siento... ¡Muy humano!

—¿Es que quieres obligarme a que te quiera, cuando comprendo que debo romper mis relaciones contigo? ¿Es que es un pecado ser franca?

—Yo no sé más que una cosa, y es que, antes, no pensabas de ese modo. Pero yo sé hacerme respetar... y quiero que te acuerdes de mí y de tu ligereza. Toma... Toma... Así... Ahora ya no podrás decir que te has reído de mí... Queda terminado este "incidente". ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Isabel, herida en su alma por los vehementes besos y abrazos que Jorge acababa de darle, para dejar sentado que no había perdido el tiempo en sus relaciones con ella, subió al *side-car* de Jorge y regresó a la ciudad, roto todo trato con su amigo.



\* \* \*

En el barrio de artistas de la gran ciudad se disponía a abrir sus puertas un nuevo restaurante, donde hombres con el pelo largo y mujeres con el pelo corto, comulgarían bien pronto en la gran religión del Arte.

Eran los propietarios de aquel nuevo templo de las Musas, Fifi y Jaime Gordon, conceptuados en el barrio como la nata y flor de la bohemia.

Hallábase el matrimonio atareadísimo en la decoración del local, cuando llegó a él Isabel llevando un diario en la mano.

La recibió Fifi.

—¿Qué desea usted, señorita?

Isabel le enseñó el periódico en el lugar correspondiente al anuncio insertado por la pareja de bohemios, cuyo texto decía:

*Se desea socio con 2.000 dólares para invertir en próspero negocio de restaurante y café en barrio de artistas. Dirigirse a Fifi Gordon, Whistler Court.*

—Está usted hablando con la dueña, señorita—dijo Fifi—. ¿Viene usted a ofrecernos esos dos mil dólares que pedimos?

—Si las condiciones me convienen, puedo asociarme...

—Mire usted, señorita. Lo de menos interés en este negocio son los dólares. Lo más importante es que la persona que los traiga esté dispuesta a trabajar con entusiasmo y hasta a vivir en el establecimiento. ¿Le convendría a usted esto?

—¡No vacilo en contestar que sí! Toda mi vida he soñado con un negocio como este... Si ustedes me admiten como socio, verán lo que soy capaz de hacer en cuestión de trabajo e iniciativas.

—Perfectamente. Intentaremos la colaboración, y espero que ni usted ni yo tendremos motivos para quejarnos.

Apenas terminaban de hablar las dos mujeres, llegó al establecimiento un joven, apuesto y agradable, a quien Fifi saludó cariñosamente, presentándolo a Isabel, en quien él ya se había fijado, lo propio que ella en el desconocido.

Era éste, Lorenzo Byman, quien cultivaba desde hacía años la amistad de los Gordon, y

el cual, cuando se habló de crear aquel café de artistas, ofreció generosamente su dinero al matrimonio bohemio.

Lorenzo e Isabel celebraron conocerse. En



*Y Fifi pensaba que los dos jóvenes eran de los que desean volverse a ver...*

la mirada de Lorenzo había admiración y respeto. En la de Isabel, complacencia.

Fifi, más inquieta que una chiquilla, contempló a la pareja, y sus ojazos, al abrirse en todo su perímetro, indicaban que, cuando un

hombre y una mujer se encuentran por vez primera en la vida y se saludan con la ternura que lo hacían Lorenzo e Isabel, o se quieren para siempre, o no se vuelven a ver más.

Lorenzo enteróse de que Isabel iba a trabajar con Fifi, momentáneamente a prueba, y alegrándose de ello, anticipó el resultado, satisfactorio para las dos mujeres.

—¡Ojalá acierte usted en su vaticinio, señor Byman!—exclamó Isabel.

Y Fifi, sonriendo, pensaba para sí misma que los dos jóvenes eran de los que desean volverse a ver...

Algunas semanas después, aquel café bohemio, que en la prosa de la ciudad americana evocaba la poesía del Barrio Latino, era un negocio que tenía el éxito asegurado.

Isabel era, con Fifi, la luz del establecimiento, alrededor de la cual giraban amorosamente los simpáticos artistas, los llanos empresarios y los curiosos turistas.

Un día presentóse en el café una muchacha con un periódico en la mano, como lo hiciera, en otra ocasión, Isabel.

Tratábase de Margarita Howard, una pobre flor de los suburbios, para quien un em-

pleo representaba la comida y la cama seguras, algo que había llegado a ser quimérico a fuerza de ser deseado.

Antes de ir al mostrador, para preguntar



*Isabel era, con Fifi, la luz del establecimiento...*

por los dueños, Margarita acarició la pequeña piel que rodeaba su cuello, y abriendo la boca del animalillo a que perteneció, dijo:

—¡Atención, Lolita! Nos estamos jugando el alimento a cara o cruz... Si no nos dan esta colocación, ayunamos a perpetuidad.

Isabel, viendo a Margarita detenida en el comedor, fué a preguntarle lo que deseaba.

—Vi el anuncio — contestó Margarita — y pensé que el empleo podría convenirnos a Lolita y a mí.

Isabel, extrañada de que Margarita aludiese a una segunda persona, la buscó con la mirada, y hubo de preguntar:

—¿Lolita?... ¿Quién es Lolita?

Fifi se había unido a Isabel y Margarita, examinando con interés a la segunda.

—Lolita—dijo la joven, aludiendo a la piel—es una amiga más que una piel... Como una no tiene muchas relaciones y se aburre una sin hablar...

Isabel y Fifi celebraron la ingenua ocurrencia de Margarita, y como les resultó simpática, decidieron emplearla en el establecimiento.

—Bien, joven. Hay arriba un cuarto vacío, que puede usted ocupar con su inseparable Lolita. Tendrá usted las propinas y la comida.

—Pero ¿es de verdad... es de verdad que comeremos todos los días? ¡Lolita, haz el favor, muérdeme para ver si no estoy soñando!

Y la pobre Margarita dió tal suspiro que las luces parpadearon...

\*\*\*

Desde su conocimiento con Isabel Mason, la vida, para Lorenzo Byman, tenía un nuevo y poderoso aliciente.

Siempre que sus negocios se lo permitían, iba al café bohemio, tan sólo para ver a la linda compañera de la dueña.

Una de las veces, le dijo:

—Deseo acapararla esta noche, Isabel. ¿Me permite que la invite a cenar en el Ritz?

Ella reflexionó. La proposición le convenía. La aceptaría, pues. Sin embargo, algo hubo que se opuso a su deseo.

—¿Qué, se decide, Isabel?—insistió Lorenzo.

Ella hizo un mohín, y repuso:

—Con mucho gusto aceptaría su invitación, pero no dispongo de vestidos adecuados para presentarme en un sitio como ese.

Fifí, que había escuchado esa réplica, pronunciada con harto pesar por Isabel, sonrió a Lorenzo y se ofreció a sacar del apuro a su amiga.

—No se preocupe, Isabelita. Yo le prestaré todos los vestidos que quiera. Mi ropa le cae bien a todo el mundo.

La generosidad de Fifí hizo palmotear a Isabel, y al poco la modesta muchacha se vió transformada en una elegante señora.

Y aquella noche, Isabel creyó vivir en el mundo dorado de los sueños.

El suntuoso comedor brillaba de luces y joyas y hermosas mujeres.

El baile invitaba al idilio, y Lorenzo ciñó por el talle a Isabel en la pista donde giraban numerosas parejas.

De pronto una mujer detuvo sus miradas en Lorenzo, cual si desease atraerse las suyas.

Lorenzo no se fijó en esa mujer, y continuó bailando con Isabel.

Pero la desconocida acercóse a la pareja cuyo caballero había llamado tan poderosamente su atención, hasta conseguir que Lorenzo la viese.

Al suceder eso, Lorenzo no supo disimular el asombro que le causó el encuentro con aquella mujer.

Isabel miró alternativamente a uno y otro, y turbóse al oír cómo la mujer le decía a Lorenzo:

—¿Qué, galán, cantando la vieja canción a una nueva sirena?

Lorenzo apartóse rápidamente de la que de



—¿Qué, galán, cantando la vieja canción a una nueva sirena?

tal modo le hablaba, y a la pregunta que le dirigió Isabel, contestó:

—Es una mujer que me esfuerzo en olvidar. Y prosiguió el baile.

Pero Lorenzo estuvo atento a evitar un nue-

vo tropiezo con la indiscreta, desconocida para Isabel.

Y era que en la vida de Lorenzo había un secreto amargo: su esposa Aurelia, la mujer en cuestión. Desde hacía años vivían separados, lejos el uno del otro, pero ella se negaba obstinadamente a dar su consentimiento para el divorcio, y así aquella situación no podía legalizarse.

La conducta de Aurelia era muy dudosa, y por ello no era de extrañar verla en los mejores lugares de diversión, en compañías más o menos interesantes.

Más tarde, a esa hora en que cierran sus puertas los templos del *Jazz* y las primeras claridades del alba se confunden con las últimas tinieblas de la noche, Lorenzo e Isabel salieron del restaurante.

En la calle, apenas Isabel hubo subido en el *auto* de Lorenzo, éste se dió cuenta de que no llevaba encima su pitillera, y, disponiéndose a volver sobre sus pasos, dijo a su amiga:

—He dejado mi cigarrera en la mesa... Vuelvo al instante.

Isabel se arrellanaba en el asiento del co-

che, cuando improvisadamente se le acercó la misma mujer que en el restaurante dirigiera la palabra a Lorenzo.

—Ha venido usted con Lorenzo Byman, ¿no es eso?—le dijo con ironía—. ¿Y de qué nido de amor ha salido usted?

Por toda respuesta, Isabel miró severamente a la desconocida, censurándole su atrevido hablar.

—Ignoraba que fuese usted muda... pero no importa. Lo indagaré todo, y espero que nos volveremos a ver—añadió la paradójica esposa de Lorenzo, desapareciendo con apresuramiento al ver que aquél regresaba del restaurante.

Lorenzo se reunió con Isabel, y el *auto* se puso en marcha.

Isabel, dulcemente, dijo a su amigo:

—Mientras usted estaba dentro, se acercó a hablarme aquella señora del baile... ¿Hay algo entre usted y ella?

Lorenzo, no escuchando más que la voz de su corazón, contestó:

—Esa mujer no significa nada para mí.

—¿De veras?...

—Isabel... ¿quiere esto decir que me ama usted un poquito?

Sus ojos se fundieron en un solo mirar, e Isabel, con ternura, murmuró:

—Quizá. Quizás empieza usted a interesarme más de lo que se figura.

Eso ocurrió un sábado, día que Lorenzo tenía libre de ocupaciones.

La tarde del sábado siguiente llevó a la presencia de Isabel algo que ella creía olvidado: su antiguo pretendiente, Jorge. El hermano de ella, Pablo, se prestó a acompañarlo hasta el café bohemio.

Jorge tenía la esperanza de hacer las paces con Isabel, y reanudar sus relaciones amorosas.

Pablo los dejó solos, y se fué a sentar a una mesa del turno de Margarita, la nueva y linda camarera.

Jorge, disculpándose humildemente, rogó a Isabel que lo perdonase.

—Te lo digo como lo siento, Isabel... No he tenido ni un minuto de alegría desde que me dejaste... ¿No podrás al menos darme una esperanza... por lejana que sea?

—Perdóname, Jorge, pero me falta valor para volverme atrás. ¡Es tan hermosa esta vida!...

Entretanto, Pablo era invitado a consumir algo por Margarita.

—No quiero tomar nada, señorita.

—Pues, amiguito, o consume usted lo que sea, o paga usted por el sitio que ocupa. Es costumbre de la casa no admitir curiosos que no dejen ganancia.

—No es mala costumbre...

—¿Qué hace usted con el cigarrillo ese? ¿Cuándo acabará de darle vueltas? ¡Vamos, enciéndalo ya!

—¿Sabe usted que es usted muy traviesa?

—Querrá usted decir que me meto en donde no me importa, ¿verdad?

—No me atreví a decírselo. Pero no me desagrada usted.

—Se agradece. ¿Y qué, qué le traigo a usted?

—He dicho que nada.

—Entonces...

—Soy el hermano de Isabel Mason.

—¡Ah! ¿El hermano de la señorita Isabel? ¡Haberlo dicho antes, guasón! ¿Y sabe usted lo que pienso? Que va usted a ser un terrible Romeo cuando crezca un poco.

—No sé si creceré más... pero para preten-

der a usted, me parece que ya no hace falta... ¿verdad?

—Así... de primera impresión, ¿sabe usted?... no digo que no... A ver si se le ve más a menudo por aquí... Su hermana se alegrará mucho...

—¿Y usted, también?...

—Si consume algo, sí; porque yo no quiero mirones, ¿sabe?

Isabel y Jorge, por su lado, hablaban menos alegres que Margarita y Pablo.

Jorge había suplicado a Isabel que aceptase salir con él, y ella le contestaba en aquel momento:

—Lo siento mucho, Jorge... pero he prometido a otra persona que saldría con ella.

No tuvo tiempo Jorge de preguntarse quién era la persona que debía salir con Isabel, pues Lorenzo aparecía en aquel instante en el umbral de la puerta del café, saludando desde allí a la joven, que le correspondió con una sonrisa divina.

—¿Está usted lista?—pareció preguntar Lorenzo a Isabel.

Esta, reaccionando al punto, separóse de Jorge, y salió con Lorenzo, subiendo, afuera,

a su *auto*, rumbo al campo, donde comerían juntos.

Cantaba la brisa en las ramas de los árboles, y en su canción temblaban vagas promesas de amor.

La comida había terminado ya, y la pareja contemplaba el bello paisaje.

De súbito Lorenzo apoderóse de Isabel y la estrechó junto a su pecho, besándola en los labios con pasión.

Ella retrocedió, como asustada, cuando no era más que un gesto de rubor, y Lorenzo disculpóse de su osadía.

—Perdóneme, Isabel... no he sabido, no he podido resistir... ¡Usted es la tentación!

De nuevo, los brazos de Lorenzo apresaron a Isabel, que no se resistía, y él exclamó:

—¡Estoy loco por usted!... ¡Isabel, por favor, corresponda usted a mi cariño!... ¡La necesito a usted tanto, tanto!...

Era tan sentida su súplica, que Isabel, completamente enamorada, se entregó a la realidad de su sueño.

—¡Yo también te quiero, Lorenzo!... Hasta ahora creía que mi mayor deseo era ser libre, pero empiezo a comprender que no habrá felicidad para mí hasta que sea tu esposa.

La noche se acercaba. Era forzoso regresar. Lorenzo se separó de Isabel para preparar el coche, y también para ocultar la tristeza que



—*¡Yo también te quiero, Lorenzo! Hasta ahora creía que mi mayor deseo era ser libre, pero...*

acababa de velar la alegría de antes de su rostro.

A pesar de la rapidez con que Lorenzo quiso ocultar esa tristeza, Isabel la notó, preguntándole extrañada la causa.



—¿Qué tienes, Lorenzo? ¿Por qué este cambio brusco?

El la atrajo contra su corazón, y rezó, besándola con su hálito:

—No fué nada... Yo estaba convencido de que las puertas del amor se habían cerrado para mí, pero te encontré en mi camino, y la vida volvió a parecerme amable y dulce, como una mañana de sol.

—Hasta ahora yo no había sabido lo que era el amor, Lorenzo. Tú lo eres todo para mí.

—¿No te engañarás a ti misma, Isabel?... Quizás algún día me vea obligado a pedirte una prueba de ese gran amor que sientes... o crees sentir.

—Yo sólo sé que te quiero, y que te querré siempre.

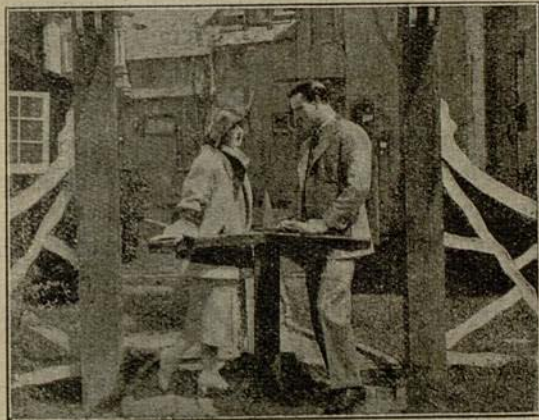
Pero, como una amenaza para su felicidad, el pasado acechaba a Isabel al final de su camino de rosas. Era Aurelia, que la estaba esperando en el café bohemio.

Al llegar, en el *auto*, a la puerta del citado café, Lorenzo e Isabel se despidieron, con grandes ansias de volverse a ver cuanto antes, y él le dijo:

—Adiós, Isabel mía... Hasta el próximo sá-

bado. Pensaré en ti como en lo más querido en la vida.

—Adiós, Lorenzo... Tu recuerdo no se apartará un momento de mi lado.



—Adiós, Lorenzo... Tu recuerdo no se apartará un momento de mi lado.

Isabel entró en el café, y la mirada irónica de Aurelia la detuvo a pocos pasos de la puerta.

En tanto, Lorenzo regresaba a la ciudad.

—Acérquese, señorita... Por usted he veni-

do... Ya le dije que nos volveríamos a ver—  
indicó Aurelia a Isabel.

—¿A qué ha venido usted?

—No me mire usted así... Vengo en son de paz... He sabido que usted tiene parte en este negocio... Se lo compró Lorenzo, ¿no es verdad? ¡Oh, no me extraña! ¡Es un hombre muy generoso con las muchachas bonitas!

—Señora...

—Pero ¿quiere usted aceptar un consejo hijo de la experiencia? No se fíe mucho de sus atenciones. Se lo digo yo, que le conozco bien.

No dispuesta a seguir escuchando a aquella desconocida que, por despecho sin duda, calumniaba de aquel modo a Lorenzo, Isabel, dig-namente, la atajó:

—Señora, el pasado de Lorenzo le pertenece a él mismo. Yo no tengo el menor interés en descubrirlo.

Tras esa réplica, desapareció por las escaleras de las habitaciones particulares.

Aurelia se reía para sus adentros de su juego con Isabel para indignar a Lorenzo, y Fifí, que sorprendió la escena de las dos mujeres, aproximóse a aquélla y le habló sin ambages, fríamente:

—Es mi deseo, señora Byman, no volver a

verla por aquí. Soy la dueña de este establecimiento y puedo permitirme el lujo de elegir a mis clientes. Si hubiese sospechado que estaba usted aquí esperando a mi amiga Isabel



*...y sus sueños se condensaron en una maravillosa apoteosis...*

para causarle la más ínfima pena, no habría tolerado su presencia. Conque, haga el favor de salir.

Aurelia midió con descaro a Fifí, aseguróse la capa en los hombros, y desapareció mirando desdeñosamente a la altiva dueña del café...

Isabel, en su cuarto, rechazando el recuerdo de Aurelia, y creyendo verdaderamente que Lorenzo no tenía nada que ver con ella, soñó en él... y sus sueños se condensaron en una maravillosa apoteosis, en que ella aparecía vestida con las galas nupciales y pronunciando el bienaventurado "sí" delante del cura y enlazadas sus manos a las de Lorenzo.

Fifí la arrancó a la verdad, con su aparición en su cuarto.

—¡Oh, Fifí, estoy tan contenta... soy tan dichosa!... ¡Lorenzo acaba de decirme que me ama!—le dijo Isabel al ver a su amiga.

—¡Me alegro, Isabel!... ¿Y... y te ha pedido que seas su esposa?

—¡Sí, Fifí, su esposa! ¡Cómo suena este nombre en mis oídos!

La intención de Fifí al llegar al cuarto de Isabel era avisarla que no hiciera caso de lo que le dijese Aurelia, la esposa de Lorenzo; pero al comprender que Isabel no conocía el secreto del buen amigo, se calló, prefiriendo no inmiscuirse en los amores de ambos jóvenes, no dudando, como no podía dudar, de la caballerosidad de Lorenzo.

Al volver a quedar sola, Isabel recordó las palabras de Fifí, y creía haber descubierto en

ellas la sombra de una duda. ¿Por qué le extrañaba que Lorenzo le hubiese pedido que fuese su esposa?

.....

Pero llegó el sábado siguiente, pleno de aromas campesinos y de anuncios de plácida felicidad, y del corazón de Isabel se borraron todas las dudas.

Lorenzo e Isabel pasaron el día en un maravilloso paraje, y después de comer, díjole él a ella:

—En lo alto de esa colina tengo mi pabellón de caza... Puesto que disponemos de tiempo sobrado, vamos a terminar allí nuestra gira.

—Como quieras, Lorenzo.

Próximamente a aquella hora, Aurelia, que desde hacía tiempo se dedicaba a negocios extraños, se disponía a aguardar en un hotel de los alrededores a uno de sus cómplices.

—Vendrá aquí un caballero que dirá ser el señor Byman, mi marido. Tan pronto llegue, háganlo subir a mi habitación—dejó encargado en el despacho.

\* \* \*

En lo alto de la colina alzaba sus paredes el pabellón de caza de Lorenzo Byman.

Isabel y Lorenzo cenaron en el elevado retiro, viviendo horas incomparables.

En el hotel donde alquilara una habitación Aurelia Byman, presentábase un hombre que dió el nombre de Lorenzo para que se le permitiese llegar hasta la que era su falsa esposa.

La noche comenzaba a esparcir sus sombras sobre el monte.

—Lorenzo, es hora de partir—dijo Isabel a su novio, consultando el reloj.

—¿Marcharnos? ¿A dónde, Isabel?

—Es muy tarde ya. Se han pasado las horas demasiado rápidamente y es preciso regresar a la ciudad sin pérdida de tiempo.

—Todavía no, Isabel... Todavía no he empezado a decirte lo que siente mi corazón.

Isabel miró con deleite a Lorenzo, y rezó, abrazándole:

—¡Al fin! Cuánto tiempo hacía que esperaba oír de tus labios...

Lorenzo palideció. Isabel creía que lo que él se proponía decirle, tenía relación con la fecha de su boda...

—Pero no podemos seguir aquí, Lorenzo—prosiguió Isabel, mimosa—. Ya volveremos cuando estemos casados, a pasar nuestra luna de miel.

Lorenzo comprendió que debía concretar su situación, y haciendo un esfuerzo, pronunció:

—Isabel, procura comprenderme... Te quiero con toda mi alma, como no se quiere más que una vez en la vida... pero no puedo casarme contigo.

—¿Que no puedes casarte conmigo?... ¿Por qué?

—Soy casado.

—¿Casado?... Entonces, la mujer que me habló aquella noche en el Ritz...

—Es mi esposa.

—¡Oh!... ¡Tu esposa!... ¡Aparta!... ¡Aparta!

—¡No puedes imaginarte cuánto he sufrido, Isabel! ¡Mi mujer es una ladrona que vive al margen de la ley!... ¡Estamos separados, pero ella, por maldad, por perversidad, se niega a dar su consentimiento para el divorcio!...

—Todo eso será verdad... pero no basta. ¿Por qué, sabiendo que no podía casarse conmigo,

dejó usted que yo me encariñase con usted?  
¡Oh, su acción es infame!

—Pero, Isabel, por favor, reflexiona... Nos amamos... podemos esperar...

—¡No, no! ¡No quiero oírle! ¡Suélteme usted!

—Isabel... Te quiero, te quiero más que nunca. ¡No me abandones!

—¡No le perdonaré a usted nunca, nunca!  
¡Le odio... tanto como antes le amaba! ¡No se acerque! ¡Si me toca, descargaré mi mano en su rostro!

—Pero, Isabel...

Enloquecida, Isabel encerróse en una habitación, para evitar que Lorenzo tratase de convencerla, y vió en una ventana el medio de escapar.

Una lluvia torrencial acababa de desencadenarse. Si Isabel había antes insistido en partir, era, además de la poderosa razón de no comprometer su reputación, porque las nubes que cruzaban el espacio amenazaban tormenta.

La furia de los elementos hizo vacilar a Isabel, pero antes que todo era su fuga. Quería encontrarse cuanto antes fuera del alcance de Lorenzo. ¿Dudaba de su caballerosidad? No lo sabría decir. Obraba impulsada por su gran

disgusto, que trastornaba todo su ser.

Mientras tanto, algo anormal ocurría en el hotel que Aurelia Byman había elegido para



*Enloquecida, Isabel encerróse en una habitación...*

su entrevista con el hombre que se hacía pasar por su marido.

Los empleados habían visto salir precipitadamente a dicho hombre, y fueron a llamar a la puerta de la habitación que ocupaba Aurelia. Como nadie contestó a las llamadas, la puerta fué derribada, y el gerente del hotel

comprobó que su cliente estaba muerta. ¡Había sido asesinada al pie de la cama!

La policía fué avisada en el acto, y tomó activamente cartas en el asunto.

Isabel había salido ya del pabellón de caza, huyendo a través de los bosques bajo la tormenta, y apoderábase de ella un miedo invencible.

Lorenzo había esperado un momento, pensando que Isabel reflexionaría, y al cabo del mismo suplicó a la ausente, creyéndola encerrada en la habitación:

—¡Isabel, háblame, dime que me perdonas!... Tu belleza me enloqueció. Vámonos. Tu reputación corre peligro si seguimos en este pabellón.

Pero Isabel no le contestó, como no le podía contestar; y Lorenzo, anonadado por aquel resultado desastroso de su confesión, sentóse en un sillón y entregóse a sus meditaciones, quedando dormido.

Al amanecer del siguiente día, en un campamento de ingenieros situado en la falda de la colina, un perro, propiedad de uno de los ingenieros, ladraba furiosamente delante de su dueño.

—¿Qué te pasa, Bobby? ¿Te quieres callar ya?

Pero el can redobló sus ladridos, y el ingeniero, sospechando que aquella rebeldía del perro obedecía a una causa importante, le siguió cuando echó a correr.

Al poco dicho ingeniero encontró a Isabel desmayada en un sendero. Estaba calada y respiraba fatigosamente.

Con toda clase de precauciones y lo más rápidamente que pudo, el ingeniero trasladó a Isabel al campamento, aprestándose a retornarla.

En aquel campamento, Jorge Weeler prestaba sus servicios como ayudante.

El ex novio de Isabel llegó cuando los ingenieros procuraban volver en sí a la desmayada, y al reconocerla, dijo, lleno de angustia:

—Necesita un médico, alguien que la cuide... Voy a llevarla al pueblo, a casa de mi tía. Allí nada le faltará.

Uno de los ingenieros subió a la motocicleta del ayudante, mientras éste, con la preciosa carga de Isabel en sus brazos, ocupaba la cesta.

Por su lado, Lorenzo, despertando al herirle el sol en el rostro, llamaba a Isabel, enormemente sorprendido de que hubiese pasado la

noche en el pabellón; pero como sus llamadas, al igual que la víspera, no obtuvieron resultado ni positivo ni negativo, sospechó que ella hubiese huído por la ventana, y derribó la puerta, confirmándose entonces su suposición.

—Menos mal—pensó—si Isabel ha llegado al café a tiempo de evitar que nadie sospechase nada.

\* \* \*

Cuando aquella mañana Lorenzo regresó a su casa, le esperaba una sorpresa desagradable.

Le salió al paso un amigo suyo, que ejercía la profesión de abogado.

—¿Dónde has estado metido? Toda la mañana he intentado ponerte en comunicación contigo, sin conseguirlo.

—He pasado la noche fuera de casa. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Lee...

Lorenzo leyó esta noticia sensacional publicada por la Prensa de la mañana:

*LA SEÑORA DE BYMAN ASESINADA  
EN UN HOTEL. PARECE SER QUE SU  
MARIDO FUE LA ULTIMA PERSONA  
QUE ESTUVO CON ELLA.*

*Anoche, alrededor de las 11, el encargado del Hotel Crawford descubrió el cadáver de la señora Aurelia Byman en la habitación que había alquilado pocas horas antes.*

—¡Pero esto es imposible!—exclamó Loren-

zo, pasmado—. ¡Yo pasé la noche en mi pabellón de caza, que está de aquí a cien kilómetros de distancia!

—No te apures. Con demostrar lo que aseguras, quedas a cubierto—le respondió el abogado.

Dos hombres se acercaron entonces a Lorenzo, y le dijeron, mostrándole una papeleta del juzgado:

—Tenemos orden de detenerle. Se le acusa del asesinato de su esposa.

—Pero...

—No te niegues a seguirlos, Lorenzo—le aconsejó el abogado—. Todo se aclarará, no lo dudes. Ya sabes que yo sé quién era tu mujer, y si tú puedes demostrar dónde estabas a la hora en que se cometió el crimen, poco han de marearte. Cuenta conmigo.

Las declaraciones de Lorenzo fueron vagas, y ya llevaba algunos días en la cárcel, en espera de la vista de la causa seguida contra él por asesinato.

En la casita modesta de la tía de Jorge, en el pueblecito inmediato a Nueva York, Isabel se sentía renacer a la vida.

La excitación nerviosa que había sufrido ba-

jo la lluvia impetuosa, la había agotado completamente, y no fué sino después de algunos días de absoluto reposo que recuperó la salud.

Jorge había sido para ella un buen enfermero y como un cariñoso hermano.

Isabel no pudo menos de agradecerle su generosidad.

—Jorge, no olvidaré nunca las atenciones que has tenido conmigo en el tiempo que llevo aquí...—le dijo.

Y Jorge, henchido de alegría y de esperanza, contestóle:

—Bien sabes que yo por ti haría cualquier sacrificio, Isabel.

La Prensa se ocupaba con verdadero interés del asunto de la muerte de Aurelia Byman, y Jorge leyó que se acusaba a Lorenzo de dicho asesinato, pues las declaraciones del gerente del Hotel Crawford eran abrumadoras, pues éste aseguraba que Byman, esposo de la difunta, había sido la única persona que entró en el cuarto de la misma.

Temiendo por la salud de Isabel, Jorge dijo a su tía, después de enterarla del suceso:

—Isabel está todavía muy débil, y los periódicos, que vienen llenos del asunto Byman, podrían impresionarla. Más vale que no los lea.



\* \* \*

Lorenzo Byman, acusado de una muerte que no había cometido, compareció ante los tribunales de justicia.

El gerente del Hotel Crawford se ratificó en su declaración.

—Estoy seguro—dijo—de que él es el culpable. La señora Byman dijo que esperaba a su marido, y nadie más que él entró en la habitación.

El abogado, viendo que el asunto estaba en pésimo terreno, trató de saber el secreto que ocultaba el acusado.

—Todas las apariencias están contra ti, Lorenzo. Si no confiesas con quién pasaste la noche del sábado, estás perdido.

—No puedo hablar. Es inútil que me lo pidas.

En su fracaso sentimental, que la enfermedad había hecho más agudo, sentía Isabel como un consuelo al escuchar las palabras, trémulas de amor, de Jorge. Y su bondad hizo

brotar de sus labios estas palabras de gratitud:

—¡Qué bueno eres, Jorge! Veo que eres de esos hombres capaces de hacer dichosa a cualquier mujer.

Jorge creyó haber ¡al fin! vencido a Isabel, y sacándose de un bolsillo un anillo, preparado al efecto, pues una voz misteriosa le había dicho que llegaría ese anhelado momento, se lo ofreció a la amada.

Isabel no esperaba tal cosa, pues no la deseara nunca, pero no se atrevió a rechazar la oferta del gran amor de Jorge, y al sentir el contacto de la sortija en su dedo, se le heló la sangre; y su corazón supo de la más infinita amargura, mientras el bueno de Jorge, lleno de emoción, besaba el anillo que ataba a Isabel a su modesta persona. La felicidad se había resistido a ir a él, pero acababa de rendirla definitivamente...

Y llegó el último día del proceso.

Lorenzo Byman siguió en su obstinación de no declarar la verdad, para no comprometer la reputación de Isabel.

La sala estaba atestada de público, entre el que se contaban Fifi, Margarita y Pablo, que ignoraban también la verdad.

El fiscal se mostraba inflexible con el supuesto asesino.

—Han visto ustedes, señores, que en el curso del proceso el acusado no ha hecho ninguna declaración para justificarse. La evidencia de su culpabilidad queda, pues, suficientemente demostrada ante ustedes.

Y mientras el acusador seguía en su dictamen, en la casa de la tía de Jorge, Isabel, al caer en sus manos un periódico, lo leyó en sus secciones predilectas, y sus ojos detuviéronse atónitos en la noticia del proceso de Lorenzo.

—¿Qué dice este periódico?—preguntóse asombrada—. ¿Cómo es posible que se le acuse?

Y leyó de nuevo:

**LA SUERTE DE BYMAN EN MANOS  
DEL JURADO**

*Se cree que el acusado Lorenzo Byman encubre el nombre de una mujer al negarse a declarar quién fué la persona que estuvo con él en su pabellón de caza la noche del sábado día 30 de mayo, la misma noche en que su esposa fué asesinada en el Hotel Crawford. A menos que la defensa dé el nombre de la testigo, se da por seguro que el jurado no tendrá más remedio que emitir un veredicto de culpabilidad.*

La tía de Jorge se apercibió de que Isabel leía un diario, y trató de quitárselo.

—¿Por qué me impide usted que lea, señora?



—¡Tengo que ir a la ciudad inmediatamente, sin pérdida de un segundo!

—Perdone, Isabel... pero Jorge me encargó que no le dejase ver ningún periódico.

—¡Obró a la ligera! ¡No es posible que Lorenzo sea culpable! ¡Aquella noche estaba en su pabellón de caza! ¡Lo sé positivamente,

puesto que era yo la mujer que lo acompañaba!

—¿Usted, Isabel?

—¡Sí, yo!



*Jorge no se opuso al ruego de Isabel, y montaron los dos en la motocicleta...*

Jorge apareció en aquel crítico instante.

Isabel le enseñó el periódico, que acababa de recibirse en la casa, y le suplicó:

—¡Tengo que ir a la ciudad inmediatamente, sin pérdida de un segundo! ¡Yo soy la única que puede salvar a Byman!

Jorge no se opuso al ruego de Isabel, y montaron los dos en la motocicleta, estimulado aun más Jorge por la súplica de su tía de ir volando al Palacio de Justicia de la ciudad, para que no condenasen a un inocente.

La motocicleta voló, en efecto, pero al redondear un viraje cayó en una hondonada, hiriéndose levemente ambos ocupantes, sin que ello les impidiera continuar con más ardor todavía la carrera.

En un paso a nivel fué por verdadero milagro que un tren no chocó con la motocicleta, con riesgo de mandarla a las nubes, matando a sus ocupantes.

Por las calles de la ciudad, la motocicleta burlaba todas las vigilancias y todos los obstáculos como si estuviese protegida por una fuerza sobrenatural.

Al fin llegaron los motociclistas al Palacio de Justicia, cuando el jurado, firmada la sentencia, de culpabilidad, la entregaba al Presidente, que le dió lectura.

Un ujier se oponía al paso de Isabel hacia el estrado, dispuesta a declarar.

—¡Excelencia, yo puedo probar que el se-

ñor Byman es inocente!—gritó la muchacha al Presidente.

Este ordenó que se permitiese declarar a la inesperada testigo, pero el fiscal se opuso.

—Señor Presidente, los jurados ya han deliberado y está pronunciado el veredicto... En estas condiciones me parece que sería sentar un mal precedente...

Pero el Presidente, prescindiendo de la protesta del fiscal, expuso su opinión de hombre justo:

—El proceso está todavía en manos del Tribunal, y por lo tanto, voy a escuchar las declaraciones de la testigo.

El fiscal, que ya había descontado su triunfo como acusador, sometió a duro interrogatorio a Isabel, a quien Lorenzo gritó que no dijese una palabra, para que no comprometiese públicamente su reputación.

Pero Isabel se sometió abnegadamente a la terrible prueba.

—¿Tiene usted por costumbre pasar los días festivos en compañía de hombres al amparo de un discreto pabellón de caza?

—No. Yo no soy una cualquiera, señor fiscal.

—¿Entonces por qué estuvo usted con el acusado?

—Es verdad que cometí una ligereza... pero



—Entonces, ¿por qué estuvo usted con el acusado?

hubiera ido a todas partes con él... porque le amo.

Un rumor de aprobación por parte del público acogió esa declaración, magnífica, sublime.

—¿Entonces usted jura que estuvo con el acusado la noche de autos?

—Sí. Lo juro.

La energía de Isabel, el sacrificio que de su honra hacía en público, derrotaba al fiscal, que trató de evitar que llegase a tal extremo, pintándole con los más negros colores las consecuencias que tendrían sus declaraciones en tan grave sentido.

Por si aquella declaración no fuese aún bastante elocuente para que se pusiera en libertad a Lorenzo, recibióse en aquellos momentos de honda emoción, el siguiente telegrama:

*Jaime Wallace—Fiscal—Millbrook.*

*Hombre detenido en Wynscott, apache conocido, confiesa ser asesino señora Byman. Esperamos órdenes.*

*C. Hill—Jefe Policía.*

Esa noticia había sido comprobada por el ayudante del fiscal, y fué entregada a la Presidencia, que declaró con satisfacción, después de dar lectura al citado telegrama:

—Puesto que está bien demostrada la inocencia del acusado, ordeno que el proeesado sea sobreseído.

Isabel desmayóse, y Lorenzo, tomándola en sus brazos, desapareció con ella, bajo la indi-

cación del fiscal, en la sala de deliberaciones del jurado.

Jorge iba a entrar en dicha pieza, pero Margarita, que lloraba de alegría con Fifí y Pablo, le detuvo.

—¿A dónde va usted? ¿A impedir que Lorenzo hable con Isabel? Pero ¿es que no tiene usted ojos? Pero ¿es que no ve usted que ella está enamorada de él hasta la enajenación mental? ¿No ve usted que todo lo ha sacrificado para salvarle?

Fifí y Pablo siguieron a Lorenzo y los tres hicieron recobrar a Isabel.

—Isabel, ¿por qué se ha sacrificado usted por mí?—le dijo tristemente Lorenzo—. Yo no lo merecía, no soy digno de ello...

—Debía hacerlo... Era un caso de conciencia...

—¡Es usted sublime, Isabel! ¡Y *te* quiero más que nunca! ¿Quieres ser mi esposa, ahora que he recobrado mi libertad?

—Es demasiado tarde ya... He prometido a Jorge, mi antiguo novio, casarme con él. He aquí el anillo de compromiso.

Lorenzo sufrió un rudo golpe en su corazón, e Isabel, no pudiendo soportar el gran dolor de su renuncia a Lorenzo, lloró amargamente,

reclinada su cabeza en su hermano Pablo.

A instancias suyas, Isabel quedó sola, y entonces Jorge, que estuvo reflexionando como



*Lorenzo sufrió un rudo golpe en su corazón, e Isabel...*

un hombre bueno, se decidió a dar un gran paso.

Entrevistóse con Isabel, y le dijo, tratando de ocultarle su amargura:

—Isabel, he reflexionado mucho... Tengo algo importante que decirte... Me parece que

los dos haríamos un disparate casándonos. Es preferible que tratemos de olvidarnos mutuamente.

Ella le devolvió temblorosamente el anillo, y Jorge, al marcharse, quedó llorando detrás de la puerta, y luego desapareció decidido a olvidar su desengaño con la satisfacción de haberse portado noblemente.

Sobreponiéndose a su propio dolor, Isabel salió al encuentro de Lorenzo, que se lamentaba de su desdicha, rodeado de Fifi, Margarita y Pablo; y le dijo, mostrándole su anular sin sortija:

—Mira, mira... Lorenzo... ¡Ya soy libre!

—¡Oh, Isabel! ¿Me perdonas? ¿Quieres ser mi esposa?

—Sí, Lorenzo. Reconozco que no debí juzgarte como lo hice, porque eres muy bueno.

A los mimos sucedieron los besos, y como la escenita era agradable para los enamorados solamente, Margarita, abriendo la boca del animalillo de su piel, comentó:

—No mires esas cosas, Lolita, que a lo mejor abrazamos a Pablo y nos vamos también a la vicaría. Ten un poco de paciencia, que eso ya llegará también para nosotras.

Y para no "sofocarse" demasiado, dijo aún



## NUMEROS PUBLICADOS

PRECIOS: { NÚMEROS CORRIENTES: 25 CTS.  
 » EXTRAORDINARIOS: 50 »

1, No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4, La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6, De hombre a hombre, 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9, Desinterés, edic. 3, 10, El Hábito, 3 edic. 11 Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17, La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22, Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24, La desconocida, 3 edic. 25 Robín de los bosques, (extra), 3 edic. 26, La Verdad Desnuda, 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28, Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El Príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37, Directo de París, 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El valle de los Gigantes, 3 edic. 40, La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland, (extra), 3 edic. 42, Un juego peligroso, 48, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra), 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème (extra), 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito!. 62, Las dos Huérfanas, 4 edic. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extra), 3

edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou Frou. 67, La famosa señora de fair. 68, El Secreto del Polichinela (extra). 70, La Quinta avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York, 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París, 91, Las Sentencias del destino, (extra). 92, Redención, 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa?. 101, La casa en la selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA) 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino, 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El nido de amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Paggiacci. 114, La Isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El ladrón de Bagdad. (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las camelias. 121, El Murciélagos. 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia. 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127, El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud, 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan..., (extra). 135, Una flor del camino. 136, La carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermo-



sura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del deseo (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia la Magnífica. 148, ¡Cuidado solteros! 149, El pequeño Robinsón, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una dama enmascarada. 157, ¡Mi tío! 158, La venus de Montmartre. 159, El aventurero. 160, La gota de sangre, (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes, (extra). 166, Honrarás a tu padre. 167, Injusto desprecio. 168, Abandonada en el altar. 169, Las Luces del Broadway. 170, Madame Dubarry. 171, Una página en blanco, (extra). 172, Inocencia. 173, Los maridos de Edith. 174, La mujer que se olvidó de amar. 175, Muñecos del destino. 176, La luna de Israel, (extra). 177, El Huracán. 178, ¡Yo lo maté! 179, La jornada de la muerte. 180, Amor y trabajo. 181, Las alas del carifio. 182, Pacto de amor, (extra). 183, Esposas conscientes. 184, La tragedia del Carlton. 185, El señorito Primavera. 186, ¡Dispense usted! 187, Monsieur Beaucaire, (extra). 188, La lucha por la vida. 189, Después de la función. 190, La negativa. 191, La mujer que encontró amor. 192, Arabella. 193, Yolanda, (extra). 194, La venus intrépida. 195, Feria de Vanidades. 196, Raffles. 197, La noche de la batalla. 198, El pecado de volver a ser joven, (extra). 199, Misterios del corazón. 200, Entre las nieves de Alaska. 201, El hombre que vió el futuro. 202, La mujer del Centauro. 203, A las madres: Cómo todas debéis ser, (extra). 204, Cuesta menos casarse. 205, ¡Galleguita! 206, El nieto de Don Juan. 207, El paraíso de un iluso. 208, La ley olvidada, (extra). 209, ¿Cómo educar a la mujer? 210, Teodoro y Compañía. 211, Una boda inesperada. 212, La marcha nupcial. 213, El sobrino de Australia. 214, ¡Homicida! (extra). 215, El admirable Chrichton. 216, La mujer de las cuatro caras. 217, El abogado. 218, Gribiche (el niño que se sacrificó por su madre. 219, Por una mujer, (extra).

## POSTAL FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Cha-

plin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talma ge. 18, Tom. Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simón Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakava. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, María Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Svanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, Snub Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, Willam Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lilian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomàs Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Novarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ÁNGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Garét Hughes. 111, Katerine Mac Donald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo

Mary. 117, Mae Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackatorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bàrbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Phillips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswald. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, León Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, J. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna Q. Nilsson. 142, Henry Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Genevieve Félix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al St. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O'Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Charles Jones. 159, Hella Moja. 160, Clyde Cook. 161, Baby Peggy. 162, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor. 166, Victor Varconi. 167, Shirley Mason. 168, Conway Tearle. 169, Ethel Grey Terry. 170, Luciano Albertini. 171, Huguette Duflos. 172, René Navarre. 173, Evelyn Brent. 174, Rod la Rocque. 175, Edythe Chapman. 176, Raymond Griffith. 177, Raquel Meller. 178, Gabriel Signoret. 179, Mary Alden. 180, Glenn Hunter. 181, Aileen Pringle. 182, Reginald Denny. 183, Constance Bennet. 184, Harrison Ford. 185, Jewel Carmen. 186, Amleto Novelli. 187, Norma Shearer. 188, William Collier. 189, Mae Busch. 190, Warner Baxter. 191, Agnes Ayres. 192, Buster Keaton. 193, Dolly Davis. 194, James Kirkwood. 195, Marion Davies. 196, Lew Cody. 197, Sally Rand. 198, Adolphe Menjou. 199, Mary Astor. 200, Hobart Bosworth. 201, Helen Jerome. 202, David Powell. 203, Laura La Plante. 204, William Desmond. 205, Renée Adorée. 206, Walter Hiers. 207, Magde Kennedy. 208, Nigel Barrie. 209, Nina Vanna. 210, Bryant Washburn. 211, Sandra Milowanoff. 212, Charles Willy Kaiser. 213, Blanche Montel. 214, Richard Talmadge. 215, Julia Faye. 216, Richard Barthelmess. 217, Gina Palerme. 218, William Haines. 219, Claire Windsor.

---